

“LA GENTE ES EL PRIMER CAPITAL QUE TIENE LA EMPRESA. TODO LO DEMÁS SE COMPRA CON DINERO”

Carlos Facetti

Los orígenes

Nací el 26 de junio de 1946, hijo de Ezequiel Facetti y Nélida Evangelista, una familia cuyos orígenes se remontan a la Lombardía italiana. Tengo un hermano once años menor, Alberto.

Mi tío abuelo materno, Don Amleto Zanconi, a fines de la década de 1930 decidió instalar un pequeño taller de carpintería metálica en un gallinero de Bahía Blanca. En mi casa de la infancia, había una puerta de chapa planchada, fabricada con desechos de guardabarros de los autos de Estados Unidos; en aquella época de la guerra, faltaba materia prima. Se usaba lo que se podía.

En 1963, a mis catorce años, entré a trabajar de cadete al taller, que ya estaba en manos de los sucesores de Don Amleto, mientras estudiaba en la escuela comercial. No terminé la secundaria. Siempre me gustó más la fábrica que el estudio.

El taller, devenido en Grupo Zanconi, se estaba expandiendo y profesionalizando en la construcción de galpones, fabricación de matricería, y carpintería de aluminio y hierro.

Con sólo diecinueve años fui gerente de producción de una unidad de la empresa dedicada al aluminio.

Hacia 1970, en una época de crisis, el grupo se dividió entre los cuatro socios.

Yo seguí trabajando en una nueva empresa que se llamó Evangelista y Vancini. Victor Evangelista era mi tío, hermano de mi madre, mientras que Mario Vancini se había desempeñado como socio minoritario en Zanconi Hnos.

Ellos no sabían de administración ni de números. Solo conocían la parte técnica y el manejo de la gente. Me asociaron a la empresa, para que yo cubriera ese rol administrativo. Para aquella época, mi hermano Alberto, ya adulto, se incorporó a la empresa, contagiado por mi enorme pasión por este rubro. Allí

comenzaron mis primeros pasos como industrial metalúrgico, el oficio que marcaría mi vida para siempre.

Aunque mi padre, Ezequiel Facetti, trabajó durante más de cuarenta años en la petrolera Isaura, también formaba parte tanto del Grupo Zanconi como luego de Evangelista y Vancini a tiempo parcial.

De los Zanconi aprendí el oficio y la pasión por la empresa. De mi padre, a ser un hombre honesto, incansablemente trabajador y de una generosidad enorme.

Hacer industria

Durante los diecinueve años que duró aquella sociedad, entre 1970 y 1989, fuimos enfrentando y sorteando las diversas circunstancias de la economía argentina.

A los pocos años de empezar, nos sorprendió el Rodrigazo, un huracán económico con muy graves implicancias sindicales. Fue una etapa de gran aprendizaje para mí. Entendí la relevancia de la mecanización de la producción: es preferible tener más máquinas y empleados más especializados mejor pagos.

Optimizar los procesos, incluir nuevas tecnologías, diseñar nuevos productos, se transformó en mi obsesión y en mi pasión.

Y al fin llegaron los tiempos de Raúl Alfonsín, y con él la democracia, luego de una época muy dura, en la que me tocó convivir con mucha violencia.

Durante esta época experimentamos un gran crecimiento debido a que participamos en un plan muy relevante de construcción de viviendas. Con tan solo unas treinta personas, hicimos la herrería metálica de más de veinte mil viviendas.

Pero la empresa llegaba a su fin allá por 1989, mis socios eran ya grandes, nuestros intereses eran distintos, quisieron retirarse y la empresa empezó a desactivarse de a poco. Era hora de encarar un nuevo proyecto.

Un nuevo proyecto: FAMAR

Luego de ya varios años en el rubro y con el sueño de formar mi propia empresa inicié una nueva sociedad con mi hermano Alberto y un nuevo socio Jorge Martínez: FAMAR (Facetti y Martinez).

Contando una vez más con el incondicional apoyo de mi esposa Lidia, quien durante muchos años se había hecho cargo de sostener la economía familiar para que yo pudiera invertir en todo tipo de proyectos, me fue posible nuevamente concretar un nuevo y ambicioso desafío.

Esta sociedad duraría muy poco, Martínez se retiró a menos de un año de creada la misma. De esta forma comenzó nuestra historia como familia Facetti.

En el 1992, por iniciativa de un distribuidor, asistí a la feria VETECO de Madrid, del rubro de cerramientos acristalados. Esta Feria represento un punto de inflexión, me hizo ver otra realidad. Tanto que al regresar, le dije a mi hermano: *“Alberto, hay que tirar todo lo que tenemos y empezar de nuevo”*.

Aquí comenzaría una nueva etapa para la empresa y la familia Facetti. Ese fue el primero de los numerosos viajes que haría a Europa para participar de distintos tipos de Ferias orientadas a la Construcción y a mi rubro.

Esto haría que con los años el apellido Facetti se transformase en un sinónimo de Carpintería de Aluminio Alta Gama en Argentina, un sello registrado.

En el 1995, trajimos nuestra primera serie completa de carpintería para producir en Argentina. Recuerdo como si fuese hoy, que traje las muestras en un bolsito. Sin embargo la apuesta no fue menor, teníamos la determinación, la pasión, la fe en nuestro proyecto, pero nos faltaban los recursos, por lo que debí hipotecar mi única casa, cosa que hice sin dudar.

Tiempos difíciles

El camino tuvo rosas y espinas. En el 1995, comenzamos un proyecto muy ambicioso junto con una Nueva Fábrica de Aluminio. Pero no salió como pensábamos. Comenzamos a jugar en las grandes ligas, y eso tuvo su precio. No alcanzó con tener un producto revolucionario, con el inmenso trabajo de todos nosotros, con la confianza y apoyo de nuestros socios españoles. La lucha de poderes fue más grande, la necesidad de sacar del juego a un pequeño carpintero de Bahía Blanca, que había hecho más con su bolsito, que los grandes jugadores del sector, malogró el proyecto, dejándonos llenos de deudas y sin posibilidad de salir adelante.

Para esta época se sumaron dos integrantes más de la familia Facetti, María Andrea y María Cecilia, mis dos hijas mayores. Ambas recién recibidas de ingenieras y sin nada más que ofrecer que el inmenso amor a la fábrica que habíamos construido con mi hermano y la firme determinación de que nada ni

nadie tiraría por el suelo nuestro apellido. Facetti había sido y seguiría siendo un sello en el rubro, pero lo más importante: un ejemplo de superación.

Los tiempos fueron muy difíciles. Debimos concursar a FAMAR. Nuestros proveedores eran además nuestros amigos, al igual que muchos de nuestros clientes. Nuestros abogados nos aconsejaban acciones que no se condecían con nuestros valores.

Pero los cuatro sabíamos que hacer, cada uno tomo un rol, el que mejor sabia o podía hacer. Esta fue una guerra llena de pequeñas batallas, cuyo único objetivo fue el de cumplir con todos nuestros compromisos y pagar todas nuestras deudas.

Dedicamos años para lograrlo, pero valió la pena. Para el año 2000 ya habíamos cumplido nuestros compromisos y FAMAR llegaba a su fin.

Una nueva oportunidad

En la última etapa de FAMAR, María Andrea y María Cecilia crearon una nueva empresa con un giro más amplio que la empresa anterior.

Fue así que nació Cerramientos Acristalados S.A. Una vez más la pasión y la determinación de la familia hizo que fuera posible. Sin más recursos que un auto cero kilómetro que mi hija María Cecilia cambió en una reunión por máquinas para poder comenzar a producir, y la sólida gestión de María Andrea, que permitió que la empresa pudiera comenzar a rodar.

En el 2001 ya se conformó la sociedad con sus cuatro miembros, Carlos, Alberto, Cecilia y Andrea y comenzaría a crecer de la mano de los cuatro Facetti en diferentes áreas.

Cerramientos Acristalados, hoy

Luego de más de quince años, actualmente nuestra empresa se especializa en la producción de carpintería metálica de alta calidad.

Con un plantel de veinte empleados hacemos aberturas, cristales, mosquiteros, persianas y portones. En la actualidad estamos evaluando expandirnos a nuevos rubros, como amueblamientos de cocina hechos en madera, aluminio y vidrio.

Nuestros productos se comercializan en toda la Argentina. Hemos desarrollado proyectos muy importantes, escuelas, hoteles, fabricas, edificios de alta gama, etc.

También contamos con una moderna planta, equipada con máquinas italianas de última tecnología para la fabricación de termo paneles (DVH).

Nuestro modelo de empresa opera en forma muy profesional, el permanente aporte de las nuevas generaciones sumada a la vasta experiencia mía y de mi hermano han sido y sigue siendo nuestra ventaja competitiva.

Luego de tantos años y de todo lo que he vivido, estoy realmente convencido que el éxito de una empresa radica en las personas. Somos conscientes de que la gente es el primer capital que tiene la empresa. Conservar el bienestar de todos nuestros empleados, compartir con pasión los proyectos, administrar con equidad los beneficios, es la clave del éxito. Nosotros podemos decir por experiencia, pues lo perdimos todo en algún momento de nuestra historia, que la gente hace la diferencia.

Dos de los pilares de la empresa en el área técnica son el ingeniero Nicolás Eppler, que maneja el taller y las obras, y Juan Severiche Quiroz.

Verónica Nagelsmitm, Andrea Facetti y Micaela Bellone aportan toda su experiencia desde el área administrativa. En ventas se destacan Alberto Facetti, su hijo Franco y Paula Vatta.

Pero además están los empleados históricos, aquellos que comenzaron con nosotros en Evangelista y Vancini, y todavía trabajan en nuestra firma, como Rolando Weth, Sergio Díaz, Rubén San José, Gabriel Muñoz y Darío Calcinari.

El legado

Tengo siete nietos. De parte de Andrea: a Martina, Juan Cruz y Milagros. De parte de María Cecilia: a Pilar, Matías y Paz. Mi hijo Ezequiel sumó a Catalina.

Yo ya me estoy retirando, pero me quedo con la tranquilidad de que hay continuidad. Franco, el hijo de mi hermano Alberto, trabaja en la empresa. Mi hija María Andrea es la gerente general. María Cecilia es accionista, pero no trabaja con nosotros; ella desarrolló su propia carrera profesional en Chile. Mi hijo Ezequiel colabora en algunos aspectos, mientras desarrolla su propio proyecto de camiones con energía a gas.

Mi legado es mucho más que la fábrica que actualmente lidera la familia Facetti. Mi legado es una vida vivida con pasión, con alegría, con mucho

esfuerzo. Con la soberbia de apostar todo y la humildad de reconstruirlo luego de haberlo perdido. Mi legado es la inmensa felicidad de haber podido enseñarles a mis hijos, mis amigos, mis empleados, mis proveedores, mis clientes, que yo era y soy mucho más que mi negocio.

Soy un hombre que a sus setenta años puede mirar atrás y sabe que siempre ha vivido viendo el vaso lleno aunque sólo tuviera una gota.